

# La educación de mayores, una apuesta con futuro

**Feliciano Villar**

Asociación  
Multidisciplinar  
de Gerontología

Afortunadamente, quedan ya lejos los tiempos en los que hablar de envejecimiento y de personas mayores implicaba, casi inevitablemente, referirse exclusivamente a declives y pérdidas irreversibles e inevitables. Sin menospreciar los revolucionarios avances que se han producido y se están produciendo tanto en nuestros conocimientos sobre el envejecimiento desde esta perspectiva como en las prácticas destinadas a paliar o atenuar esas pérdidas, resulta obvio que para la mayoría de personas mayores envejecer no es sólo una cuestión de afrontar la enfermedad o el deterioro (si es que se experimentan), sino también un proceso en el se abren nuevas posibilidades y espacios de desarrollo. El florecimiento de conceptos como los de envejecimiento activo, envejecimiento competente o envejecimiento con éxito, sobre los que tanto se trabaja e investiga en la actualidad, atestiguan la importancia de esta perspectiva más optimista del envejecimiento.

En estas circunstancias, la educación en la vejez se perfila como un ámbito decisivo, que ya es relevante en la actualidad y que muy probablemente cada vez lo será más en el futuro. La educación únicamente tiene sentido si asumimos que, de una manera u otra, sus clientes pueden mejorar. Una vez asumida que esta mejora es posible con independencia de la edad, la implicación en procesos de enseñanza y aprendizaje se convierte en un factor de primer orden para la canalización del cambio y las trayectorias de mejora en las que pueden implicarse las personas mayores.

En este contexto, la educación en la vejez puede cumplir objetivos diversos. Para nosotros, dos de ellos son especialmente importantes. El primero es el objetivo de la prevención. Es bien conocido, y los innumerables programas que se realizan bajo el epígrafe de "educación para la salud" son buenos ejemplos de ello, que podemos conocer, aprender y poner en práctica hábitos de comportamiento saludable que nos ayudan a envejecer mejor y a mantener alejados

de nosotros por más tiempo algunos de los riesgos que acompañan a ese proceso de hacernos mayores. De esta forma, la educación puede contribuir de manera importante al retraso en la aparición de enfermedades para lograr que, si aparecen, lo hagan cada vez más tarde y cerca del momento de la muerte.

Sin embargo, aún siendo muy importante, esta visión de la educación es quizá restrictiva, está ligada y tiene su referente todavía en las ideas de pérdida y de enfermedad, y sabemos que la educación no es sólo eso. La educación en la vejez, en nuestra opinión, está destinada a empresas aún mayores. Como en el resto de etapas de la vida, está vinculada fundamentalmente al desarrollo personal, al hacernos cada vez mejores.

Dentro de este tratamiento más ambicioso de la educación en la vejez, quizá ya ha llegado el momento de superar ciertas prácticas educativas que vinculan las actividades de aprendizaje a la idea de simplemente pasar el tiempo, de llenar huecos de una jornada que en las personas mayores podría estar excesivamente vacía, sin importar demasiado ni los contenidos de esas actividades educativas ni la forma de impartir y recibir la educación. Entendemos que, en el momento actual, y aún sin desdeñar esa función de aprovechar activamente el tiempo, la educación en la vejez es algo que va mucho más allá que eso, y que el qué enseñar y cómo enseñar se convierte en algo crucial si hemos de tomarnos la educación en la vejez verdaderamente en serio.

Respecto al qué enseñar, ciertamente depende en buena parte de la demanda de las personas mayores y, como sabemos, no podemos hablar en absoluto de un único perfil de persona mayor. Los potenciales intereses de diferentes grupos de mayores pueden ser muy diferentes y de hecho lo son en realidad. Lo que sí apreciamos es que, pese a ello, la tendencia va a ser hacia la oferta de programas educativos más ambiciosos, quizá más prolongados en el tiem-

Correspondencia:  
Feliciano Villar  
Sant Joan de la Salle, 42  
08022 Barcelona

po y sobre ámbitos no “para mayores” sino muy similares, cuando no idénticos, a los que se ofertan e interesan a grupos de edades diferentes. De hecho, ¿por qué los intereses de los mayores habrían de estar segregados de los del resto de grupos sociales? Un buen ejemplo de ello lo constituyen las ofertas educativas que algunas universidades destinan a las personas mayores. Además de (o a veces en lugar de) ofrecer un conjunto de programa de conferencias relativamente desligadas entre sí y pensadas sólo para mayores, cada vez más están ofreciendo programas con contenidos vinculados a licenciaturas o diplomaturas ya existentes (historia, arte, psicología, etc.), de varios cursos de duración e incluso con la posibilidad de compartir aulas con los estudiantes ordinarios.

En segundo lugar, nos encontramos ante el reto de cómo abordar metodológicamente la enseñanza de personas mayores. Factores como los años desde la última vez a la que asistieron a situaciones educativas formales, la diversidad de la formación previa o la diferente motivación con la que se aborda el aprendizaje en la vejez, menos dependiente de recompensas externas relativamente distantes en el tiempo (una acreditación o una promoción profesional, por ejemplo), y más vinculada a satisfacciones intrínsecas y vinculadas al presente, hacen que sea lícito plantearse si los principios metodológicos generalmente utilizados en los procesos de enseñanza y aprendizaje en otras etapas de la vida son válidos también para las personas mayores, en qué casos y de qué alternativas disponemos, si la respuesta es negativa. Otro aspecto especialmente interesante es el papel de la evaluación en los programas educativos para personas mayores, un aspecto muchas veces ignorado ¿Tiene sentido evaluar los conocimientos o las habilidades adquiridas? Muchas veces se tiene a pensar que no, cuando esta evaluación quizá podría ser fundamental en muchos sentidos. En primer lugar, permitirá revelar aspectos importantes del

funcionamiento de los programas educativos para poder mejorarlos. En segundo lugar, permitirá construir cuerpos de conocimiento educativo contextualizado en la vejez que ayuden a equilibrar el actual sesgo de las disciplinas educativas hacia las primeras décadas de la vida. Por último, conocer el comportamiento de las personas mayores mayores como aprendices y los cambios que se derivan de su participación en situaciones educativas ayudará a valorar la plasticidad y los límites del desarrollo en la vejez. Sin duda esta dimensión metodológica y de investigación en la educación de mayores es de una importancia fundamental y merece la dedicación de mayores esfuerzos en el futuro.

En suma, la educación en la vejez ofrece unas perspectivas de crecimiento inmejorables en los próximos años. Pero a la vez, para los profesionales que trabajan en este campo, representa un desafío y una gran responsabilidad. La responsabilidad que aparece al ser consciente de la relevancia de los procesos de enseñanza y aprendizaje para conseguir cambiar (y mejorar) la manera de envejecer y para construir el envejecimiento del futuro. La responsabilidad de diseñar o propiciar situaciones de aprendizaje que no sean sucedáneos destinados a fines menores y se conviertan en catalizadores susceptibles de promover dinámicas de desarrollo, siempre situando en primer plano los propios mayores en tanto adultos capaces de protagonizar ese cambio personal.

Por último, aprovechamos este editorial también para anunciar que con este número inicia su colaboración el Grupo de Trabajo de Farmacéuticos de Centros Sociosanitarios. Este trabajo consistirá en la publicación periódica de unas fichas farmacológicas, que pretenden ser una herramienta de trabajo, que facilite de una manera rápida y sencilla los datos necesarios en la prescripción de medicamentos en pacientes de más de 65 años.